

34ª D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 25,31-46.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

-Cuando venga en su gloria el Hijo del Hombre y todos los ángeles con él se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones.

El separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha:

-Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme.

Entonces los justos le contestarán:

-Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

Y el rey les dirá:

-Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis.

Y entonces dirá a los de su izquierda:

-Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

Entonces también éstos contestarán:

-Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel y no te asistimos?

Y él replicará:

-Os aseguré que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos. los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo.

Y éstos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

LA JUSTICIA ESTA EN EL AMOR

En este último domingo del año litúrgico celebramos la **«Solemnidad de Cristo Rey del Universo»**. La suya es una majestad de guía, de servicio y también una majestad que al final de los tiempos se afirmará como juicio. Hoy tenemos delante de nosotros a Cristo como rey, pastor y juez, que nos muestra los **«criterios de pertenencia al Reino de Dios»**.

Jesús nos invita a mirar la historia humana desde su final, desde ese momento en el que **«todos y cada uno nos encontraremos en completa desnudez con nosotros mismos y con nuestras obras»**. Cada uno presentaremos nuestras obras y esas obras serán el **«dictamen final»**. Es bueno, pues, que analicemos nuestra vida desde ese final para encontrar la luz que ilumine nuestro camino, **«ya desde ahora mismo»**.

El Evangelio de hoy es un **«relato imaginario»** que leemos como colofón del conjunto de exhortaciones evangélicas leídas a lo largo del año litúrgico. Prepararse para la venida del Señor significa **«prepararse para el encuentro con un juez»**. Y ese juez que hoy nos habla es un Juez que se identifica con todos los pobres y necesitados. **«Cada vez que ayudasteis a uno de estos mis pequeños hermanos, lo hicisteis conmigo»**. Quienes se han acercado a ayudar a un necesitado, se han acercado a Jesús. Por eso han de estar junto a Él en el Reino: **«Venid, benditos de mi Padre»**

Luego se dirige a quienes han vivido sin compasión: **«Cada vez que no ayudasteis a uno de estos pequeños, lo dejasteis de hacer conmigo»**. Quienes se han apartado de los que sufren, se han apartado de Jesús. Es lógico que ahora les diga: **«Apartaos de mí»**. Seguid vuestro camino.

Que Jesús sea Juez significa que Él es el **«criterio último de toda actitud y comportamiento»**. Aunque no se sepa, **«es bueno lo que se hace según sus criterios y malo lo que va en contra»**.



Al final de nuestra vida seremos juzgados sobre el amor, es decir, sobre nuestro empeño concreto de amar y servir a Jesús en nuestros hermanos más pequeños y necesitados. **«Practicar el amor concreto»**. Aquel mendigo, aquel necesitado que tiende la mano **«es Jesús»**. Aquel enfermo al que debo visitar **«es Jesús»**. Aquel preso **«es Jesús»**. Aquel hambriento **«es Jesús»**. **«Esta es la voluntad de Dios»**. Merece la pena pensar en esto.

Cada uno seremos declarados justos o seremos rechazados, según hayamos servido a los demás o nos hayamos evadido de hacerlo. Solamente valdrá **«lo que cada uno hayamos hecho y no lo que hayamos pensado, creído, o dicho»**.

El **«Reino de Dios»** se hace presente allí donde los hombres nos tratamos **«como hermanos»**, compartiendo lo que somos y tenemos con los que nos rodean. Es un Reino que no tiene nada que ver, **«ni con el poder, ni con el dinero, ni con el prestigio»**.

El peligro de no pertenecer al Reino no nos viene tanto por lo que hacemos mal, aunque también influya, sino principalmente **«por lo que dejamos de hacer»**. Todo lo que dejamos de hacer en favor de los demás es lo que más nos aleja de Jesús.

Jesús de Nazaret se ha identificado **«con los que sufren injusticia»**, cualquiera que ésta sea, con los que malviven explotados por los demás. La existencia del mal y de la injusticia en el mundo es ciertamente un misterio y un escándalo, pero **«sin fe en un juicio final»** resultarían más absurdos y trágicos.

En tantos milenios de vida sobre la tierra, el hombre se ha hecho a todo. Se ha adaptado a todos los climas, inmunizado contra toda enfermedad. A una cosa no se ha hecho nunca: a **«la injusticia»**. Sigue sintiéndola como intolerable. Y **«a esta sed de justicia responderá el juicio final»**.

La fiesta de Cristo Rey, con este Evangelio del Juicio Final, responde a la más universal de las esperanzas humanas. Nos asegura que **«la injusticia y el mal no tendrán la última palabra»** y al mismo tiempo **«nos exhorta a vivir de forma que el juicio no sea para nosotros de condena sino de salvación»** y podamos ser de aquellos a quienes Cristo dirá: **«Venid, benditos de mi Padre, entrad en posesión del Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo»** ¡Que así sea!